

(continuará)



Y continuó, con toda seguridad que continuó porque entre las muchas virtudes de doña Fructuosa – porque también tenía como todo ser humano sus virtudes aunque desgraciadamente, porque el mundo es muy injusto e implacable y sobre todo con las personas de aspecto, como el de ella, tan poco agraciado, nadie se las hubiese reconocido jamás – se hallaba la del gusto por el trabajo bien hecho, y detestaba por tanto que las cosas se dejaran a medias incluso en los casos (que se daban con más frecuencia de lo que su pudor hubiese deseado) de que las tales “cosas” no se adecuaran del todo a los dictados de las buenas costumbres y el recato; y es que, como ella decía, podía tolerar una redacción cuyo contenido fuese del todo inmoral o hasta vergonzante siempre y cuando que desde el punto de vista gramatical y literario no estuviese exenta de armonía, de ritmo, de una cierta luminosidad estética que, decía, “al fin y al cabo es lo que nos ocupa, ya que estamos en clase de composición” y, decía también, “nuestra responsabilidad termina ahí” y con independencia – según ella – de que lo narrado sea del todo aborrecible o feísimo o “por poneros un ejemplo mediante el que lo comprenderéis perfectamente” que se fijasen en la [familia de Carlos IV](#); tan feos algunos de los personajes, pero tan bonito el cuadro.



(continuará)

Así que es seguro que continuó; pero no es del todo increíble que la tal continuación no aparezca por parte alguna porque la Sacra, temerosa de ganarse una reprimenda de su madre¹ — dama bonachona y sumamente piadosa a quien, no entendiendo sin embargo absolutamente nada de las sutilezas en las que doña Fructuosa andaba tan puesta, hacía perder el apetito y hasta el sueño el que la niña mostrase “cierta inclinación, Fructuosa², y tú tienes que haberte dado cuenta, por más que me lo niegues” por los relatos “un poquito atrevidos” —, rogó a doña Fructuosa que por favor no la incluyera en la gacetilla trimestral del colegio en la que se publicaban los mejores trabajos de todas las alumnas.

Y, parece ser que doña Fructuosa accedió convencida, como estaba — y esta era otra de sus curiosas teorías —, de que cuando algo era tan absolutamente perfecto como el escrito de la Sacra (prueba contundente, entre paréntesis, de que el escrito existió) ya no tenía la menor importancia que el objeto tangible (es decir “la redacción”) portador de la tal perfección desapareciese porque aquella (es decir “la perfección”) trascendería para toda la eternidad aun y a pesar y por encima de la materia.

¹ Que venía dando vueltas a la idea de meterla monja para apartarla de los peligros del mundo.

² Le había dicho en voz baja en alguna ocasión — pues eran muy amigas ya desde la infancia y a pesar de sus sensibilidades tan distintas — cuando los miércoles se juntaban todas las señoras para jugar a la canasta.

(continuará)

- ¿Lo habéis entendido? – Preguntaba, mirando de hito en hito y con expresión dubitativa a sus educandas.

Cuando las pobres criaturas respondían con movimientos de cabeza que no ella alegaba con un algo de tono resentido “es que las palabras son a veces muy traidoras y no transmiten con fidelidad qué se quiere expresar”; lo que provocaba una enorme irritación entre nosotras³, que no teníamos ninguna culpa de que cuando nos pasaba revista para hacer el casting no supiera elegir a las adecuadas para sus propósitos.

Fin^a

^a del mote número dos para la versión original e íntegra sin enlaces de las múltiples respuestas que pueden darse a una cuestión en apariencia tan simple como lo es “¿Quiénes somos?”

Nota:



Para ver la secuencia completa pulsar en la imagen:



³ Más cuando, que lo podrá comprender quien mire aquí qué se dijo que alguien dijo que había dicho en cierta ocasión de nosotras la señorita Acracia, veníamos ya un poquito quemadas.